



¡Leer Cambió Mi Vida!



Tres
Relatos
de la
Vida Real



Beth Johnson



THE TOWNSEND LIBRARY

¡Leer Cambió Mi Vida!
Tres Relatos de la Vida Real



THE TOWNSEND LIBRARY

For more titles in the Townsend Library,
visit our website: www.townsendpress.com

Translation by Spanish Translation & Interpretation Services LLC

Photography:
Maria Cárdenas by Paul Kowal
Daisy Russell by Beth Johnson
Julia Burney by Mark Hertzberg

Copyright © 2012 by Townsend Press.
Printed in the United States of America

0 9 8 7 6 5 4 3 2 1

All rights reserved. Any ten pages of this book may be reproduced without the written permission of the publisher. For permission to reproduce more than ten pages, send requests to:

Townsend Press, Inc.
439 Kelley Drive
West Berlin, New Jersey 08091

ISBN-13 978-1-59194-271-9
ISBN-10 1-59194-271-3

Library of Congress Control Number:
2012930028

Tabla de contenido

Introducción iv

María Cárdenas 1

Daisy Russel 33

Julia Burney 57

Introducción

Las tres mujeres cuyas historias aparecen en este libro jamás se han conocido. Viven en tres estados diferentes: Florida, Missouri y Wisconsin. Se han ganado la vida de formas diferentes: una como trabajadora en una granja, otra como obrera en una fábrica y la otra como oficial de policía. Ellas pertenecen a tres grupos raciales distintos: una es hispana, otra es blanca y la otra afro-americana.

Pero a pesar de todas sus diferencias, María Cárdenas, Daisy Russell, y Julia Burney comparten una característica muy importante: Cada una de ellas sabe lo penoso que es ser iletrado en el mundo de hoy. Dos de ellas conocen este dolor por experiencia propia; la tercera lo conoce observando el dolor de aquellos que la rodean.

Estas tres mujeres comparten también otras características: La primera, es que cada una de ellas ha vivido entre la violencia, el maltrato y la pobreza. Leer acerca de las cosas malas que les han sucedido,

Introducción

a veces resulta difícil. A pesar del dolor que sufrieron, cada una, a su manera dijo, “Esto se acaba aquí conmigo”. Rehusaron hacer a otros lo que una vez les habían hecho a ellas. Tuvieron que dar pasos difíciles, y con valentía, para mejorar sus vidas. Y cada una ha ido aún más allá, y han tratado de enriquecer las vidas de aquellos que las rodean. Las tres se han dedicado a compartir el don de la lectura.

María, Daisy y Julia son sólo tres de cientos de miles de personas en este país cuyas vidas se han visto afectadas por no saber leer bien. Un sorprendente número de estadounidenses son, lo que usualmente se llama, *iletrados funcionales*. Eso significa que no saben leer ni escribir lo suficientemente bien como para funcionar plenamente en la sociedad de ahora. Tal vez no pueden leer correctamente un frasco de medicamentos para saber cual dosis tomar, ni llenar por completo una solicitud de trabajo, ni encontrar una intersección en un mapa.

Las estadísticas sobre el analfabetismo en los Estados Unidos revelan datos preocupantes. Tres de

cuatro personas que reciben cupones de alimentos poseen un nivel de lectura muy bajo. Cuarenta y tres por ciento de adultos considerados *iletrados funcionales*, viven por debajo del nivel de pobreza. Siete de cada diez presos son *iletrados funcionales*. Esta es la realidad a la que Julia Burney se refiere cuando dice, “Cuando era pequeña me di cuenta de el poder que tiene la lectura . . . No se puede progresar en la sociedad actual sin saber leer bien. Yo he arrestado personas que no pueden ni siquiera leer su propios derechos, y pienso sobre lo poco esperanzadora que la vida debe ser para ellos”.

Las tres mujeres cuyas historias aparecen aquí, una vez se enfrentaron a condiciones adversas que parecían imposibles de superar.

En lugar de darse por vencidas, tomaron las riendas de sus propias vidas. María Cárdenas, Daisy Russel y Julia Burney reconocieron el poder que da la lectura, y cada una reclamó ese poder para sí misma.

María Cardénas



Una caléndula de color naranja plantada en una lata, no es gran cosa. Es tan sólo una mancha de color, un toque de belleza. Pero para María Cárdenas, esa caléndula era de gran valor.

Antes de entender el por qué, debes conocer un poco de la vida de María.

María nació en México, la segunda de los que eventualmente serían ocho hermanos. Cuando cumplió cuatro años, fue a vivir a casa de unos tíos. Su padre y su madre habían dejado México para convertirse en trabajadores migratorios en los Estados Unidos. Pagaron ochocientos dólares a alguien para que los cruzara por la frontera. Cuando María cumplió siete años, sus padres mandaron a traer a sus hijos a Texas.

Los trabajadores migratorios no pueden disfrutar de una niñez verdadera. Al poco tiempo, ya la pequeña María se encontraba trabajando en el campo. Sus días consistían en jornadas de arduo trabajo, aguantar hambre, picaduras de insectos, enfermedades, borrachos diciendo vulgaridades y peleando, manos manchadas con aceites de tomate, atemorizantes culebras que se escondían entre los cultivos, y mudanzas constantes. Ella recolectaba frutas cítricas y pepinos en Florida, papas en Tennessee, pimientos en Carolina del Norte, y tomates en Ohio e Indiana. La familia se mudaba dondequiera que hubiese cultivos listos para la cosecha.

Su hogar era cualquier cuarto de campamento en donde se alojaban migrantes. La palabra *hogar* usualmente es cálida y acogedora. Pero estos cuartos no eran precisamente cálidos ni acogedores. Apenas había lo indispensable, eran sólo cuatro paredes, y estaban equipados con estufa de dos quemadores a gas que se prendía, en la mayoría de los casos, de una manera inesperada y atemorizante. Si la familia



María disfruta cuidando el jardín que sembró detrás de su casa.

tenía suerte, habría colchones en el piso.

Todo lo demás se encontraba afuera. Los trabajadores lavaban los platos afuera, debajo de una manguera. Los baños eran unos huecos en el suelo

rodeados de delgadas paredes. Las duchas de agua fría estaban afuera también. A dondequiera que María miraba no podía encontrar nada para alimentar su ávida mente y corazón.

Entonces la *caléndula* era importante. En la primavera cuando María tenía diez años, fue con su madre a un mercado de pulgas. Allí alguien estaba vendiendo plantas. Le rogó a su madre de tal manera, que consiguió suficientes monedas para comprar un brote de una plantita. Sembrándola con cariño en una lata vacía de sopa, la flor era lo único que María tenía. Hasta la ropa que llevaba puesta era compartida entre varias hermanas, pero la *caléndula* era sólo suya.

Llevaba la flor durante sus largos viajes en carro y la regaba religiosamente. Cuando la familia llegaba a un nuevo campamento, ella la ponía en un lugar soleado. La pequeña planta viajó con ella durante toda una temporada, desde Florida hasta Tennessee y de ahí hasta Ohio. Ella atesoraba su flor hasta que un día su padre y sus amigos la patearon hasta hacérsela pedazos.

Eso era tan típico de su padre. María se puso triste, pero ella sabía que era mejor no quejarse. Dependiendo de su genio, sabía que él podía reírse de ella o golpearla. Cuando María recién llegó a los Estados Unidos, su padre parecía preocuparse por sus hijos. Los matriculó en la escuela, y se aseguró de proveerles de crayones y papel, y decía orgullosamente ante sus amigos que ellos iban a tener una buena educación. Necesitaba que ellos aprendieran inglés para que tradujeran las palabras al tendero, al doctor, al oficial de policía.

Pero algo le pasó con el transcurso de los años. Bebía cada vez más y más. Las bofetadas ocasionales a su esposa se tornaron en frecuentes y terribles golpizas. Poco después, empezó a golpear a sus hijos también. Dejó de trabajar y pasaba los días sentado en el campo bebiendo cerveza y viendo a su familia trabajar. Si sus hijos no recolectaban tan rápido como el quería, les lanzaba piedras y vegetales mientras los insultaba. Al terminar la semana, se quedaba con el sueldo de todos.

Todos los trabajadores habían oído hablar de él.

“En un campamento de migrantes, como en cualquier otro lugar, existen la clase alta y la clase baja”, dice María. “Si tu padre era el líder del grupo—el jefezote—tú eras de los chicos ricos. Tenías ropa nueva. Algunas veces hasta ibas al cine. Si tu padre era un tipo normal que trabajaba duro, tú eras de clase media. Pero si tu padre era el borracho del campamento, tú eras de lo más bajo. Esos éramos nosotros: la escoria de la escoria.

Los hijos del jefe del grupo ni siquiera nos hablaban. Si acabábamos estudiando en la misma escuela, ellos hacían cómo que no nos conocían”.

Debido a las constantes mudanzas de la familia, María nunca se estabilizó en ninguna una escuela. A ella la matriculaban de vez en cuando, de un lugar a otro, por pocas semanas a la vez. A medida que la brutalidad de su padre empeoraba, ella asistía menos a clases. Cuando la cosecha se ponía dura, ella se quedaba haciendo los quehaceres de la casa. Si los pequeños se enfermaban, María estaba a cargo de cuidarlos. En los campamentos ella sólo oía hablar español, así que su dominio del inglés no era muy

María Cárdenas

bueno. Como resultado, ella se atrasó más y más en sus estudios.

“No se cómo pasé de la escuela primaria, y mucho menos la escuela secundaria”, dice María. “Yo sólo sabía como sumar, restar y multiplicar. Sabía leer lo suficiente para ayudar a mi madre a llenar los formularios en inglés, pero nada más eso”. Ella no pedía ayuda. Su dura vida había hecho que María fuese tímida y callada. Hacía lo que se le decía, sólo hablaba en susurros. En la escuela era como un fantasma silencioso sentado en la parte de



La familia de María sonríe para una foto. De izquierda a derecha: Jasmine, Korak, María y Alfonso

atrás del salón de clases. “Cuando la profesora nos decía, ‘Lean este libro y escriban un reporte, yo simplemente no lo hacía’, dice ella. “Yo sabía que no me estaba hablando a mí”.

Finalmente, a los trece años de edad, algo pasó que cambió el rumbo de la vida de María. Su madre se fue de la casa después de dos semanas de haber recibido unas terribles golpizas. Ella les había advertido a sus hijos de esa posibilidad. A la mañana siguiente, cuando María fue a la escuela, le contó a un consejero lo que sucedió. El consejero llamó a la policía y el padre de María fue arrestado y encarcelado. El nunca regresó a vivir con la familia nuevamente, aunque continuaba acosándolos. A veces se paraba afuera de la casa y gritaba a su esposa, “Tu va’ ser una prostituta. Esos chicos sólo van’ ser drogadictos y delincuentes. Unos buenos pa’ nada. ¡Todos van’ terminar en la cárcel!”.

Aún siendo María tan tímida y callada, las palabras de su padre aún no dejan de enfurecerle. De alguna forma el deseo de aprender y de mejorar su vida permanecía dentro de ella. Soñaba con tener

una buena educación, usar ropa bonita, realizar un trabajo que todos respetasen. Ella no tenía ni idea de cómo alcanzaría esos sueños, pero no dejó que éstos murieran.

Ahora que su padre se había ido, la familia ya no se mudaba tanto. María pudo quedarse en una sola escuela por un tiempo. Para su asombro, una profesora, la maestra Mercer, empezó a tomar un especial interés en ella. A la maestra Mercer parecía agradarle María, y pensaba que ella era inteligente. Le ofreció un trabajo en una tienda de ropa de vaqueros que era de ella y de su esposo. Todos los sábados, María trabajaba en la tienda, ayudando a traducir para los clientes de habla hispana. Le pagaban veinte dólares. Orgullosa, le presentó el dinero a su madre. “Yo pensé, ‘¡ya puedo hacer algo más que no sea sólo trabajar en el campo!’”, dice ahora. Esa idea logró que viera su sueño aún más cerca de llegar a hacerse realidad.

María trabajó en la tienda por dos años. El mes en el que cumplió dieciséis años de edad, la maestra Mercer la recomendó para un empleo en un

supermercado local. Seis semanas más tarde, el administrador le dijo que la había ascendido a supervisora de cajas. María estaba llena de emoción. De seguro, pensó ella, que su suerte había cambiado. Ella ya tenía un buen trabajo. Ya no vivía con temor a los golpes de su padre. Estaba camino a convertirse en la primera hispano-hablante en graduarse de su escuela.

Pero María estaba por enfrentarse a una experiencia aún más terrible.

La misma noche en la que le avisaron de su ascenso, el administrador le dejó que se fuese a casa más temprano, para que a la mañana siguiente pudiera abrir la tienda a primera hora. Ella estaba encantada. Apenas podía esperar para darles a todos las buenas noticias. Pero no tenía forma de llegar a su casa. Su hermano no la iba a recoger sino hasta las once. Entonces, para su alivio, alguien a quién ella conocía entró en la tienda. Era un amigo de su hermano, alguien con quién María había trabajado en el campo. Cuando él le ofreció llevarla a la casa, ella agradecida aceptó.

María Cárdenas



En la Universidad de la Costa del Golfo de la Florida, María habla sobre técnicas para la enseñanza de la lectura con la Dra. Charleen Olliff, una de sus instructoras.

Ella nunca llegó a casa. No logró su asenso tampoco. En lugar de llevarla a casa, el hombre atacó a María y la violó.

En el transcurso de esa horrible noche, sus anhelos desaparecieron, aparentemente para siempre. Ella había sido raptada, golpeada y violada. Pero de acuerdo a las reglas de la tradicional sociedad Mexicana, nada de eso importaba. Ella había hecho algo terrible; había sido deshonrada. Su atacante únicamente había actuado como un hombre. Era culpa suya por estar a solas con él. Ella fue quién permitió que eso pasara.

Cuando María supo que estaba embarazada, sólo vio un camino delante ella. Se casó con su violador, abandonó el onceavo grado, y se fue a vivir con él en Oklahoma.

Durante su matrimonio, María se encontró andando por el mismo camino por el cuál su madre había pasado. Su nuevo esposo tomaba mucho y golpeaba a María sin misericordia. Cuando su hija, Antonietta, nació, María se confortaba amando a alguien y siendo amada. Pero se sentía triste por

criar a su hija en medio de un ambiente de temor y violencia.

Sucedió que un hermano de María, Joel, vivía en el mismo pueblo en Oklahoma. Cuando vio a María, también notó los moretones que su marido le hizo. A diferencia de otros, Joel no se quedó callado. Él no dijo que lo que había pasado era culpa de María. Él la alentó para que dejara a su esposo. “Hazlo; tú lo puedes hacer”, él le dijo.

“No puedo”, respondía María. Estaba avergonzada de volver a casa. Sabía que la gente la criticaría por fallar como esposa.

Pero Joel no se daba por vencido. “Voy a contarle a mamá lo que está pasando. Haré que ella entienda.” Joel habló con su madre. Insistió para que María no fuese culpada por la situación. Le dijo que María estaba siendo maltratada y que iba a dejar a su esposo. Su madre aceptó lo que él le dijo. María metió su ropa en el auto, tomó a su pequeña hija, y dejó Oklahoma para irse a casa de su madre en Florida. Su esposo reaccionó de la misma manera que su padre años atrás. “¡Tu vas a tener que pedir

cupones de alimentos! ¡No puedes valerte por ti misma!”, le dijo. Pero María le demostró que estaba equivocado.

De regreso a Florida, trabajaba todo el día en el campo y hasta la media noche en el supermercado. Se mantuvo al día con los pagos de su auto, nunca solicitó asistencia pública, y se sintió feliz y orgullosa de si misma.

Tenía una preocupación constante dentro de su cabeza. Antonietta creció y empezó el kindergarten. Le iba muy bien ahí. A María le encantaba cuando Antonietta llegaba a casa con sus libritos, se los daba a su madre, y decía, “Quiero que me leas”. Pero mientras María leía estos libros sencillos, seguía pensando en el futuro. Algún día, no muy lejano, Antonietta vendría con libros que serían muy difíciles de leer para ella. ¿Qué pensaría cuando su madre le dijera, “No los puedo leer”? María se preguntaba. ¿Y qué iba pensar María de sí misma?

María había oído hablar de programas que enseñan a adultos a leer. Pero de todas maneras seguía igual de tímida y asustadiza como lo era de



María enseña a su hermana, Jane Ireland, unos folletos del hospital que muestran cómo funciona un trasplante de hígado.

pequeña. No se atrevía a ir donde nadie a pedir ayuda. Así que decidió hacerlo por sí sola.

“Enseñarme a leer a mí misma se convirtió en la meta principal de mi vida”, dice ella. Empezó con los libros de kindergarten de Antonietta. Algunas veces pensaba en lo ridícula que se vería una mujer adulta con problemas para leer *El Gato Con Sombrero*. Pero nadie la observaba, así que siguió tratando. En la noche, después que Antonietta se dormía, María leía todo lo que encontraba. Leía los anuncios que

venían en el correo. Leía las cajas de cereal. Leía las etiquetas en los productos. Poco a poco fue mejorando. Llegó el día cuando se sintió lista para intentar leer algo de gente adulta. Pero no había nada de eso en su casa.

Vivían cerca de una biblioteca. Una y otra vez, Antonietta le pedía a su madre que la llevara allá. Y vez tras vez María decía que no. Le daba temor, se sentía muy vulnerable. ¿Cómo sería la biblioteca? ¿Qué pasaría si alguien le preguntaba qué estaba haciendo ahí? ¿Se le permitiría a ella entrar? ¿Cómo haría para conocer las reglas? Finalmente, haciendo uso de la poca valentía que le quedaba, entró con Antonietta.

Eso no funcionó. En medio de su pánico, la biblioteca le daba tanto miedo como se lo había imaginado. Se sintió perdida entre toda esa gente que caminaba rápidamente a su alrededor, y que sabían lo que hacían. Ella no tenía ni pista en dónde empezar a buscar un libro. Apenas pudiendo respirar, tomó la mano de Antonietta y la haló hasta afuera. Avergonzada, pero aliviada de haber salido de allí, le

pidió a Antonietta que usara la biblioteca de su escuela.

María continuó luchando sola. Finalmente logró prepararse para tomar la prueba *GED*. Y la pasó. Años después de haber pensado que la oportunidad se había perdido para siempre, María ya se graduaba de la secundaria. Poco a poco, comenzaba a alcanzar por lo menos algunos de sus sueños. Algo que no formaba parte de esos sueños, y de lo que María estaba bien segura, era que no quería buscarse un hombre. Su experiencia con su padre y su ex-esposo le habían convencido de eso. El supermercado donde ella trabajaba era un lugar popular entre los trabajadores migrantes. Debido a que tienen que mudarse constantemente, pocos migrantes tienen cuentas bancarias. Como resultado, los viernes en la noche y los sábados, la tienda estaba llena de trabajadores que tenían que pagar una comisión para poder cambiar sus cheques de sueldo. Algunas veces trataban de ligar con la bonita cajera. María no les prestaba ninguna atención. Lo único que ella quería hacer era cuidar de su hija, tener sus cuentas

al día, y seguir aprendiendo.

Pero había un sujeto que no se iba. Su nombre era Alfonso Cárdenas. María notó que el pasaba por la fila de su caja una y otra vez. Entraba a la tienda con cualquier excusa, hasta para comprar un paquete de chicles. Otras veces entraba después de sus clases de artes marciales, por una botella de agua. A diferencia de los otros hombres, el no hacía comentarios molestos a las chicas. El parecía muy tímido, sólo decía “hola” o “¿cómo estás hoy?”

Una tarde, María estaba muy cansada. Había pasado un día bastante duro, y tenía que cerrar el supermercado a las 11, lo que quería decir que su día sería aún más largo de lo usual. “Y viene este tipo”, ella dice eso ahora riéndose. “Dice, ‘¿puedo hablar contigo cuando salgas del trabajo?’”. Y yo sin ninguna paciencia le dije, “¡No, no puedes! ¡No tenemos nada de qué hablar! ¡Créanme, no fui nada de simpática!”

Pero el volvió, y preguntó nuevamente. “Le dije ‘No, no, no, no, no estoy interesada. No tengo tiempo. Estoy muy ocupada. Tengo una pequeña



María, su hermana Jane (izquierda), y su hija Antonietta (centro) hablan de algo gracioso mientras caminan por el vecindario de María.

hija. No quiero nada con ningún hombre’. Pero para mis adentros debía admitir que él se veía bien.”

Finalmente una amiga invitó a María a salir con ella y su esposo a un mercado de pulgas un sábado. “Y cuando ellos me recogieron, adivinen quién había venido también”. Dijo María. Se dio por vencida y pasó la tarde caminando por el mercado con Alfonso. La próxima vez que vino a la tienda, invitó a María a la playa. “Dije que no, tengo a mi

pequeña, y quiero pasar mi tiempo libre con ella.”
Y él dijo, “tráela”.

Durante los meses siguientes María pudo conocer más a Alfonso. Él también era de México, de una villa remota que no tenía ni escuela primaria, ni electricidad, ni agua corriente. A los 18 años, sin hablar ni una sola palabra de inglés, cruzó la frontera siguiendo la cosecha. Ella se dio cuenta que él era muy trabajador; un hombre estable, tranquilo; que además no tomaba. Le dijo que él admiraba lo que ella había logrado, y su sed de aprendizaje. Ella lo observaba jugar delicadamente con Antonietta. Poco a poco empezó a pensar que éste era un hombre en quién podía confiar, y ella y Alfonso se casaron. Juntos, trabajaban en los campos, pero cerca de casa, para que Antonietta pudiera quedarse en la misma escuela. Cuando la temporada de la cosecha terminaba, ambos buscaban trabajo cerca de la casa.

En 1987 nació, su hijo, Korak. El mismo año, María trabajó para la Asociación de Cristiana de Migrantes de Redlands, una organización que

María Cárdenas



María tiene que tomar muchos medicamentos diariamente para mantener su dañado hígado funcionando hasta que el trasplante de un nuevo órgano se haga una realidad.

provee servicios para los hijos de los migrantes Un día en la oficina, ella vio un libro que hizo saltar su corazón. Era una colección de historias sobre trabajadores migrantes llamada *Cosecha Oscura*.

En todos esos años, desde su fallido intento de

visitar la biblioteca, María todavía no había leído ni un solo libro completo. Pero a medida que lo hojeaba, se daba cuenta de que leía lo suficientemente bien como para entenderlo todo.

Aún mejor, esas historias eran sobre gente como ella. Con creciente fascinación, ella lo leyó de principio a fin. Aprendió sobre otros trabajadores migrantes, que como ella, habían logrado sacar sus *GED*. Y aún más emocionante, muchos de ellos fueron a la universidad. Algunos son ahora hasta maestros. Sus experiencias hicieron a María pensar que sus sueños no eran tan imposibles.

Alfonso se enteró de un programa federal que ayudaba a la gente que trabajaba por temporadas en las granjas a asistir a la universidad. María solicitó ingreso al programa y fue aceptada. Sus exámenes de nivelación mostraron que sus conocimientos de lectura, inglés y matemática eran de un nivel de séptimo grado. Se sintió muy animada porque pensó que iban a ser más bajos. El que reclutaba para el programa le sugirió a María matricularse en algunas clases de Educación Básica para Adultos, para

mejorar su puntaje. Entusiasmada, María accedió. Le encantaron las clases, después, al poco tiempo, su puntaje estaba por encima del doceavo grado.

En 1994, el hogar de Alfonso y María había crecido con la llegada de Jasmine. Ese fue el otoño en el cual María Cárdenas, hija de migrantes, madre adolescente, que abandonó la escuela secundaria, y víctima de maltratos, se convirtió en alumna de primer año del Colegio Universitario Edison, en Fort Myers, Florida. Desde los primeros días en la Universidad María halló el éxito. Sus calificaciones fueron sobresalientes. Fue galardonada con la membresía en Phi Theta Kappa, una asociación nacional de excelencia académica de colegios universitarios y por el Internacional Key Club.

Después de graduarse de Edison, María se matriculó en la Universidad de la Costa del Golfo en la Florida, en donde ella ahora es estudiante de último año de la carrera. Su título de Maestra en Educación Primaria le permitirá enseñar a los hijos de otros migrantes, y alentarlos a tener y a alcanzar sus propios sueños.



Antonietta juega con su loro Quaker en en el porche de atrás de su casa mientras María la observa.

Los miembros de la familia Cárdenas se han contagiado del deseo de María por aprender. Alfonso ha tomado un número de cursos para entrenarse como técnico en aire acondicionado. También se ha matriculado en clases para sacar su propio *GED*. Antonietta se graduará con altos honores este año de la misma universidad a la que

asiste su madre. Ella tiene planes de asistir a la facultad de derecho.

Korak y Jasmine son unos estudiantes muy aplicados a quienes les encanta leer. Bromean diciendo que la biblioteca es su segundo hogar, y es María a quien finalmente terminan arrastrando a casa. La familia tiene una hermosa casa en Fort Myers rodeada de flores, árboles y arbustos que a María le encanta cultivar.

María está orgullosa de su familia y agradecida del apoyo que ellos le han brindado. “A veces he dudado de mí misma”, ella admite. “He vivido en dos mundos tan opuestos”. Ha habido personas que han criticado la decisión de María de cursar sus estudios, de hacer carrera, y de atender otros asuntos fuera de los de su hogar.

“Para ellos, ser una buena mujer significa quedarse en casa, haciendo tortillas frescas cada día, mirando telenovelas, y teniendo miles de hijos”, dice. “Tal vez soy egoísta, pero creo que la vida tiene más que ofrecerme”.

Después de todo lo que María ha aprendido,

parecería más que cruel que ahora ella se enfrente a serios problemas de salud. Pero así es. En el otoño del 200, se sometió a una cirugía mayor. Después que regresó del hospital, empezó a presentar síntomas alarmantes. Sus piernas y cintura se hincharon. Se sentía enfermo todo el tiempo. Cuando llamó al doctor, le dijeron que esos síntomas eran efectos secundarios del medicamento que estaba tomando para el dolor.

Pero varios días después, luego de que Alfonso se fuera para el trabajo y los hijos a la escuela, María se puso muy enferma. Para horror suyo, empezó a vomitar sangre. Llamó a Alfonso, quien la llevó a la sala de emergencia local. Ahí escuchó al doctor decir que la pondrían a dormir y le meterían un tubo por la garganta para ver cuál era origen de la sangre.

Eso fue un martes en la mañana. Ella no recordó nada más sino hasta el viernes.

“Otro doctor vino a mi cuarto. Fue muy amable conmigo”, dice ella. “Se sentó y me dijo que tenía una enfermedad llamada cirrosis, y que ésta había

destruido mi hígado. Yo dije, ‘¿Se puede curar?’ El dijo no, que mi única esperanza sería un trasplante de hígado”.

El doctor explicó que la cirrosis era el resultado de otra enfermedad, Hepatitis C. Años atrás, cuando María no tenía seguro médico, a veces iba a una clínica de salud pública. En cierto momento alguien que trabajaba en ese lugar le dijo que ella tenía Hepatitis C, pero nunca le explicó qué quería decir eso, o lo que María tenía que hacer al respecto.

Ella no se sentía enferma, así que pensó que esa enfermedad no era nada de lo que debía preocuparse. “En un lugar como ese, nadie dice nada”, ella dice. “No tienen tiempo para ti. Tú eres pobre; eres escoria; no eres nada.” De hecho, tan pronto como fue diagnosticada con hepatitis C, María debió haber empezado a tomar medicamentos para protegerse el hígado. Debía haber sido examinada con regularidad antes que el daño se hiciese más severo. Ahora ella estaba gravemente enferma.

Actualmente, María es una paciente del programa de trasplantes del Hospital Shands en Gainesville,

Florida. Está en la lista nacional en espera de un trasplante de hígado. La gente en esa lista recibe los órganos de los donantes voluntarios cuando estos mueren. El tiempo estimado de espera para un trasplante es de tres años. Mientras los doctores tratan de mantener a María lo suficientemente saludable para soportar la espera, ella se halla frecuentemente en sus oficinas o en el hospital.

Mientras tanto, entre citas médicas, María continúa asistiendo a la universidad. Recientemente empezó sus prácticas de maestra en una escuela primaria. “Es un sueño hecho realidad para mí”, dijo ella. “Estar de regreso en un salón de clases, no como una pequeña niña asustada, sino como una maestra. ¿Quién habría pensado que esto podía hacerse realidad?” Pero se hizo realidad. María, la niña temerosa y callada que se sentaba en la última fila; la joven madre que estaba preocupada por no entender los libros de su pequeña hija, está enseñando a estos niños a leer.

María Cárdenas ha recorrido un largo trecho desde sus primeros días en los campos de migrantes.

De niña, ella tuvo que encontrar la belleza y la esperanza en las cosas más simples: por ejemplo, una *caléndula* de color naranja en una lata. Hoy en día, a pesar sus preocupaciones de salud, ve razones para ser feliz en todo lo que le rodea. Su hogar, su casa, su matrimonio, y su éxito en la escuela han sido fuentes de mucha felicidad. “Aprender a leer fue el principio de tantas cosas hermosas para mi”, ella dice. “¡Yo he tenido una vida maravillosa, maravillosa!”